

Bosquejo de una teoría de la fluidez social

Outline of a Theory of Social Fluidity

Fernando J. GARCÍA SELGAS

Facultad CC. Política y Sociología. UCM.
fgselgas@cps.ucm.es

Recibido: 17.04.06

Aprobado: 03.05.06

RESUMEN

De Baudrillard a Bauman y Castells, una serie de investigaciones bien conocidas han mostrado que la realidad social ha devenido fragmentaria, fluida, móvil o flexible. Este trabajo es una especie de desarrollo académico de esas investigaciones. Su objetivo es presentar, en bosquejo, un modelo teórico de la realidad social como una realidad fluida. Sin embargo, comienza intentando superar dificultades, conflictos y rechazos que su más simple presentación suscita entre los dos modelos teóricos hegemónicos en la teoría social. En un segundo momento se esboza ya la fluidez social tanto al mostrar sus cuatro principales características (multiplicidad inestable, relacionalidad mutua, socialidad postsocial y porosidad laminar) cuanto al redefinir las nociones de «forma», «estabilización» y «orden». Finalmente se comentan algunos de los modos de aplicación (cartografía de la fluidez social) y de las implicaciones políticas de este nuevo modelo teórico. Este bosquejo es más bien esquemático, tosco e incompleto. En ello radica su debilidad, pero también su potencialidad.

PALABRAS CLAVE: Fluidez social, relacionalidad, forma social, cartografía.

ABSTRACT

From Baudrillard to Bauman and Castells, a bunch of well known enquires have shown how fragmentary, fluid, mobile or flexible social reality has become. This paper is a sort of academic development of those enquires. Aimed to present an outline of a theoretical model of social reality as a fluid reality, it starts, nevertheless, by trying to overcome difficulties, conflicts and rejections that the most simple formulation of it rise between the two hegemonic theoretical models in social theory. Social fluidity is sketched with both the unfolding of four main features (unstable multiplicity, mutual relationality, postsocial sociality, and laminar porosity) and a redefinition of the notions of «form», «stabilization», and «order». Finally some ways of application (to chart social fluidity) are discussed, as well as some political implications of the new theoretical model. This outline is rather schematic, rough, and incomplete. That is its weakness, but also its strength.

KEY WORDS: Social fluidity, relationality, social form, cartography.

SUMARIO

1. Base y marco del modelo de la fluidez social. 2. El modelo de la fluidez social. 3. Aplicación: medios y política.

«El curso que se puede discurrir no es el curso permanente».

Tao te king (primer verso).

Este trabajo es hijo del mestizaje académico, de modo que en sí mismo ejemplifica uno de los rasgos principales de la condición fluida de lo social: sus límites y limitaciones son porosos e inestables y su configuración viene dada por el ensamblaje de cosas de naturaleza muy diversa. De hecho, la tesis de la fluidez social surgió inicialmente como parte de una investigación más amplia sobre las condiciones de posibilidad de una teoría social crítica en la postmodernidad. Poco a poco esta tesis se fue convirtiendo en un objeto autónomo de investigación que iba a ir respondiendo a diferentes estímulos: a cuestiones sugeridas en los encuentros regulares del Grupo de Teoría Sociológica; a hechos y problemas que iban apareciendo en las investigaciones empíricas realizadas en mi grupo de investigación (GRESO); y a las preguntas e intuiciones planteadas por los alumnos de mis cursos de doctorado o por colegas de diversas disciplinas. El resultado de esta mezcla heterogénea, fraguada durante algo más de un lustro, ha sido el esbozo de un modelo teórico de la realidad social como una realidad fluida, lo cual le contrapone a los modelos teóricos dominantes hasta ahora (el sustancialista y el formalista).

Todo esto hubiera sido imposible sin el curso adicional de un par de ingredientes más: por un lado, la herencia y el desarrollo de la teoría de la sociedad postindustrial (de D. Bell y A. Touraine a M. Castells), que han mostrado fehacientemente una serie de rasgos sociales como la fragmentación, la movilidad, la flexibilidad, la interdependencia o la relacionalidad y han terminado, así, poniendo de manifiesto la fluidificación de lo social; por otro lado, la necesidad de que la elaboración de dicho esbozo teórico fuera consistente no sólo con todos esos rasgos

sino también con las transformaciones que paralelamente ha sufrido la propia lógica del conocimiento social, que nos han hecho rechazar el modelo representacional tradicional y nos han llevado a reconocer la reflexividad y la performatividad de ese conocimiento.

En consecuencia, a la hora de intentar desarrollar la propuesta de la fluidez social empecé concentrándome no tanto en un recuento de hechos o datos cuanto en el estudio de procesos históricos significativamente relevantes¹, como brevemente recordaré en seguida, para luego dedicarme a la revisión crítica de propuestas y categorías que pudieran contribuir a la concepción fluida de los ingredientes básicos de la realidad social (en este caso, el espacio-tiempo y la agencia). Esta segunda tarea constituye el objetivo central del esbozo de un modelo de la fluidez social, esto es, de una concepción suficientemente matizada como para permitir la percepción, el análisis y la intervención en una realidad social fluida, y como para no dejar de preguntarse por las condiciones de su discurso y por los medios para aplicarlo cartográficamente².

Todas estas tareas y condicionantes han terminado situando mi investigación más allá de la polémica entre modernidad y postmodernidad³ y fuera del uso más extendido en sociología de la expresión «fluidez social»⁴. Lo que sí ha permanecido es el compromiso con la tradición crítica en Sociología y la aceptación de que nuestro propio trabajo está sometido a esa fluidez. De ahí que su configuración mestiza sea sólo uno de los factores que manifiestan su fluidez, su existencia fluida: es fluido por tener una forma inestable, provisional, contingente y precaria.

Tales rasgos se agudizan a la hora de hacer una presentación breve, esquemática y más bien acelerada del modelo de la fluidez social. Por ello, a lo más que puede aspirar el trabajo que aquí se presenta es a ser un bosquejo, y un bos-

¹ Es algo que he hecho en trabajos ya publicados (García Selgas 2001, 2002 y 2003).

² El fruto de esta larga investigación son dos libros (*Para cartografiar la fluidez social* y *La fluidez social: un esbozo teórico*) que espero publicar en breve y cuyo resumen esquemático, especialmente del segundo, es lo que se expone en este trabajo.

³ El modelo de la fluidez social no implica una toma de posición respecto de esa polémica. No conlleva, por ejemplo, el haber elegido ya entre una concepción (moderna) de la realidad social como totalidad y una mirada (postmoderna) que la percibe absolutamente plural y aleatoria (Jameson, 1996:294).

⁴ No sólo no seguimos el uso más extendido de la expresión «fluidez social» en la literatura sociológica, que lo restringe a la movilidad social, básicamente a la movilidad entre clases o estamentos sociales (ver Erikson y Goldthorpe, 1992), sino que nuestro desarrollo de la noción de fluidez como rasgo tendencialmente característico de la realidad social contemporánea nos lleva a entender que no es precisamente en dicha movilidad donde más fluidez hay.

quejo esquemático, que está a la espera de ser perfilado, desarrollado, corregido, etc. Más que ser (un artículo), aparece como llegando-a-ser (un esbozo incompleto y raquítico de un modelo teórico). En ello radica su debilidad y su potencialidad.

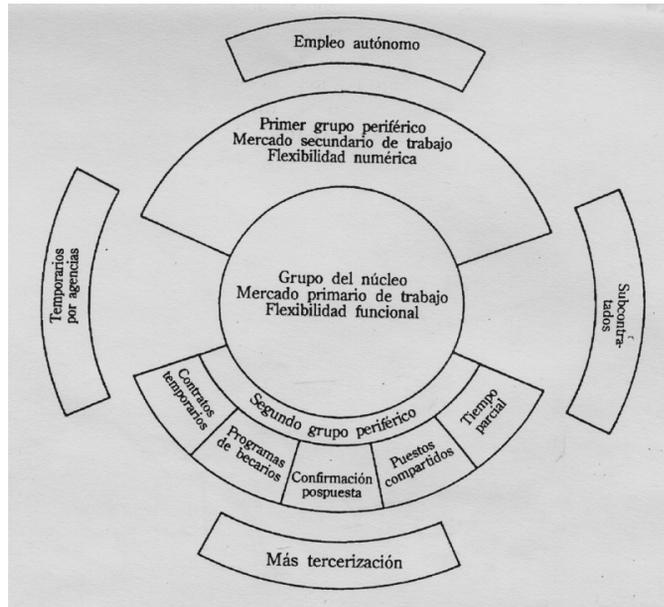
1. BASE Y MARCO DEL MODELO DE LA FLUIDEZ SOCIAL⁵

1.1. PLANTEAMIENTO DE LA IDEA: DE LA FLUIDIFICACIÓN A LA FLUIDEZ

Durante los años 90 no deja de aumentar el número de investigaciones empíricas que muestran distintos procesos por los que las entidades,

las instituciones o las relaciones sociales van perdiendo la solidez que les caracterizaba y van entrando en una situación de inestabilidad o fluidez. Tomemos dos ejemplos: el primero es el cuadro ya clásico con el que D. Harvey presenta el trabajo flexible (figura 1), que evidencia los diversos ámbitos y niveles del mundo laboral que se ven hoy sometidos a la fluidificación; el segundo son unos datos tomados de una de las investigaciones realizadas por nuestro grupo de investigación, referida en este caso a relaciones interétnicas en el barrio madrileño de Embajadores (figura 2), que no hacen sino concretar lo que más bien parece una transformación global: de 1980 a 2002 la tasa de migración mundial se ha triplicado, ha pasado de 60 a 180 millones de migrantes.

Figura 1. Flexibilidad laboral



Fuente: C. Curson, *Flexible patterns of work*, cit. En D. Harvey, *La condición de la postmodernidad*, 1998, p. 164.

⁵ El carácter propedéutico de todo este primer apartado permite que pueda ser pospuesto u obviado por quien tenga prisa o quiera ir directamente al núcleo de la propuesta del modelo de la fluidez social.

Figura 2.

Evolución de la población en el barrio de Embajadores (Madrid)				
01/01/2000 a 01/01/2004				
		TOTAL	ESPAÑA	EXTRANJEROS
01/01/2000	Población	40.872	37.104	3.768
	% pob total	100	90,78	9,22
01/01/2001	Población	43.756	36.542	7.214
	% pob total	100	83,51	16,49
01/01/2002	Población	46.506	35.747	10.759
	% pob total	100	76,87	23,13
01/01/2003	Población	48.915	35.421	13.494
	% pob total	100	72,41	27,59
01/01/2004	Población	50.452	34.923	15.529
	% pob total	100	69,22	30,78
Incremento 2000-04		9.580	(2.181)	11.761
Incremento %		23,44	-5,88	312,13

Fuente: Padrón municipal. Elaboración propia

Más allá de hechos o movimientos que manifiestan una especie de fluidificación (flexibilidad laboral, flujos migratorios, etc), parecen existir una tendencia generalizada y creciente en esa misma dirección, que afecta a los ingredientes básicos de la realidad social. Su constatación queda más clara cuando revisamos críticamente algunas de las investigaciones más reconocidas sobre tales procesos de fluidificación:

- Al seguir los derroteros abiertos por el estudio de M. Berman (1988) sobre la dinámica específica de la modernidad se puede concluir (García Selgas, 2001) que la dinámica social más general ha pasado del «todo lo sólido se desvanece en el aire», esto es, de estar regida por un constante vaivén entre la destrucción del pasado y la (re)construcción del futuro, a verse cada vez más dominada por la fluida complejidad de los muchos presentes.
- La extenuante descripción que hace M. Castells (1997) del modo en que el desarrollo postindustrial de los medios de producción (básicamente las Tecnologías de la Información y la Comunicación), de la cultura mediática y de la globalización económica ha hecho que los materiales básicos de la sociedad se conviertan en flujos de

capital, de información, de mercancías, de personas, etc., es susceptible de ser matizada, aduciendo hechos y argumentos que nos permiten afirmar (García Selgas, 2002) que esa transformación histórica no afecta sólo al espacio-tiempo de los flujos de capital e información (al nivel macro), como defiende M. Castells, sino también al espacio de los lugares, a la mezcla de temporalidades y a las identidades colectivas y personales (al nivel micro).

- Se afianza esta extensión de la fluidificación al repasar (García Selgas, 2003) con D. Harvey (1991) cómo el tránsito del régimen fordista-keynesiano de acumulación de capital al régimen flexible, además de resaltar el carácter histórico o contingente de la fluidificación, la muestra en todos los ámbitos sociales (macro y micro, económico y cultural, etc.).
- Por último, dicha extensión se hace más fácilmente reconocible al realizar una serie de deslizamientos conceptuales que nos permiten pasar del movimiento a la fluidez, como ideas históricamente regulativas. Y eso es algo a lo que nos ayuda mucho la Teoría del Actor-Red (García Selgas, 2003).

Es en este punto donde surgió el problema al que responde la teoría de la fluidez social. Todos esos procesos me llevaban a afirmar que la fluidez se había ido erigiendo en forma constituyente de la existencia social, que lo social hoy es fluidamente o que la socialidad es hoy fluidez. Pero no les pasaba lo mismo a los autores considerados.

Lo grave no estaba tanto en que Castells infiriera que «Nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una posición bipolar entre la red y el yo» (1997:16), pues ya habíamos aportado suficientes pruebas empíricas y argumentos para negar que esa oposición fuera ontológica: ambos eran pasto de la fluidez. El problema estaba más bien en actitudes como la de Harvey, a quien la constatación de los procesos históricos de fluidificación, en lugar de llevarle a un cambio en el marco teórico (al modelo de la fluidez), parecía permitirle seguir defendiendo unas leyes o principios (la lógica del capital) que darían razón de aquellas transformaciones y de cualquier otro estado de lo social. Dicho en sus propias palabras (1991: 343-4):

«De la misma manera que las leyes de la dinámica de fluidos son invariantes en cualquier río del mundo, así las leyes de la circulación de capitales son consistentes de un supermercado a otro, de un mercado de trabajo a otro, de un sistema de producción de mercancías a otro, de un país a otro y de un hogar a otro. Aunque Nueva York y Londres sean tan diferentes entre sí como el Hudson lo es del Támesis. (...) Tras todo el fermento de la modernidad y de la postmodernidad, podemos discernir algunos principios generativos simples que conforman una inmensa diversidad de resultados».

Hay aquí dos ideas, como mínimo, a las que nuestro modelo se opone y cuyo contra-argumento nos ayuda a aproximarnos a él. En primer lugar, contra la idea de que la física de fluidos supone unas leyes deterministas y unas condiciones universales, basta con revisar la física del estado fluido de la materia para ver que las regu-

laridades de los fluidos no se corresponden con el paradigma determinista newtoniano y que dan a las condiciones locales una capacidad de determinación enorme, del mismo modo que hace nuestro modelo de la fluidez social⁶. Lo que la física nos dice de los fluidos apunta más hacia nuestro modelo que al del materialismo histórico de Harvey.

En segundo lugar, la cita de Harvey plantea la idea de que el conocimiento social consiste en la reducción de la complejidad a modelos simples, estables y necesarios, como si las categorías y lógicas que rigen ese conocimiento no se hubiera visto también sometidas a esa fluidificación, como si no fueran parte de la realidad social. Creo, por el contrario, que es necesario asumir en nuestro conocimiento una materialidad y una historicidad que le obligan a ser complejo y parcial: Nuestra teoría no puede ser una nueva síntesis, pero tampoco un mero jugar con fragmentos, sino precisamente «una móvil confluencia de flujos», como dice M. Serres (1995:122). De aquí, por ejemplo, que pasemos de hablar de la fluidificación (como fenómeno histórico) a hablar de la fluidez como condición existencial básica de lo social; o que no pueda haber un conjunto cerrado de rasgos que definan el concepto de «fluidez».

Por todo ello, el modelo que se propone no es una mera metáfora o analogía sino que afirma que, como los fluidos, todo lo social es hoy contingente, recursivo e inestable, pero parcialmente ordenable o estabilizable⁷, a la vez que nos dota de medios conceptuales con los que hacer visibles esas mecánicas y dinámicas fluidas de lo social (cartografía de la fluidez) y se pregunta por sus propias implicaciones y componentes políticos.

1.2. DIFICULTAD, CONFLICTO Y RECHAZO

La mera propuesta de una teoría de la fluidez social se ve afectada de manera específica por

⁶ El estado fluido de la materia se caracteriza tanto por la facilidad con que se altera su forma y por los azarosos movimientos internos de su situación de equilibrio cuanto por su resistencia a la modificación externa, de modo que basta con atender a esa resistencia o a uno de los principales estados de fluidez, como es el régimen de turbulencia, para apreciar que se quiebra la visión tradicional de consistencia y homogeneidad de un fenómeno, sin que ello impida que puedan señalarse «estructuras coherentes» con cierta estabilidad o procesos de sedimentación, aunque siempre habrá que acudir al cruce de complejas teorías (postnewtonianas) en las que la determinación es local en última instancia, la relacionalidad y la iterabilidad priman sobre la sustancialidad y la agencia aparece como condensación del campo de fuerzas, interacciones, etc. Por ello, lo que la física nos dice de los fluidos apunta más hacia nuestro modelo que al del materialismo histórico de Harvey. A esta cuestión dedico un capítulo de *La fluidez social*.

⁷ Lo cual nos permite atender a un problema central de la Sociología: la cuestión del orden social.

una dificultad (i), por un conflicto (ii) y por un rechazo (iii), cuyo esclarecimiento puede ayudarnos a salvarlos. Los tres se derivan del hecho de que dicha teoría, como cualquier otra teoría científica, comporta un modelo o esquema de la forma-básica-de-ser del objeto de estudio, es decir, esboza una ontología. Si en la mayoría de las ciencias resulta insostenible entender ese esquema o componente ontológico como esencia inmutable, esto es, como una entidad metafísica, y se le considera como descripción de los rasgos y formas básicas que perfilan para nosotros ese tipo de objetos (físicos, orgánicos, etc.), en el caso de las ciencias sociales nos encontramos además con el hecho político de que esos rasgos básicos y definitorios, en este caso la fluidez social, pueden desplegarse o configurarse de otra manera.

(i) La *dificultad* surge, en concreto, de que la tarea de esbozar el modelo de la fluidez social comporta dos facetas sólo aparentemente separables, una ontológica y otra política. La primera tiene que responder a cuestiones del tipo ¿son los procesos de fluidificación un mero paso, nivel o momento adicional en el despliegue del capitalismo o han terminado afectando al orden profundo (del modo en que vemos y hablamos) de la realidad social? Una u otra respuesta afectará a las cuestiones del tipo de ¿implica esta fluidificación la disolución del lazo social mediante el reinado de la individuación y el presentismo y, con ello, la desaparición o marginalización de las posibilidades de crítica y de resistencia?

Cualquier respuesta que se dé a una de estas cuestiones afecta inmediatamente a la otra, por lo que constantemente hay que mirar en ambas direcciones. Así, por ejemplo, mi evidente opción por el cambio profundo u ontológico me obliga, en la cara política, a intentar renovar nuestro aparato óptico para poder detectar posibilidades de crítica o resistencia en el seno mismo de la fluidez social. El resultado de afrontar ambos aspectos conjuntamente es el esbozo de la fluidez social como modelo teórico (ontológico y político) para la Sociología.

De ahí, en parte, la dificultad de la propuesta y el que ésta se sitúe en un momento previo y subyacente al de los eventuales intentos de construir modelos matemáticos, que pudieran dar expresión formalizada de esa fluidez en ámbitos sociales generales o concretos. Al fin y al cabo, cualquier fórmula matemática (incluida la ley de

la gravedad) requiere siempre ser interpretada desde un modelo teórico.

(ii) Esta propuesta se encuentra enfrentada, sin haberlo pretendido, a los dos modelos ontológicos dominantes en Sociología, el sustancialista y el formalista, lo que la deja situada en un *conflicto* de largo alcance. En este sentido conviene recordar muy brevemente las peculiaridades de cada uno de los modelos, entendidos como tipos puros, que luego en cada caso concreto (autor, teoría, escuela, etc) se encuentran menos diferenciados de lo que aquí parece.

- Modelo sustancialista (materialista), de Aristóteles a la elección racional (J. Elster, por ejemplo), que encuentra un soporte sólido de la realidad social en algún tipo de naturaleza (la del individuo, pe.), de esencia (la racionalidad, el progreso, la comunidad, etc.) o de ley necesaria de desarrollo (de lucha de clases, de acumulación de capital, etc.). En última instancia ese soporte sólido viene dado por la «sustancia humana» o por alguna de sus peculiaridades, por lo que es patente su proximidad a algún tipo de humanismo.
- Modelo formalista (estructuralista), de E. Durkheim y G. Simmel a N. Luhmann, que ha querido ver la solidez de lo social en la forma o estructura que lo constituye. Lo social se convierte así en la estructura o forma (posiciones, oposiciones, distinciones, etc.) de las relaciones que condicionan los comportamientos humanos. Aquí encuentran su hogar el capital como sujeto estructural, los sistemas funcionales o autopiéticos, las redes sociales, etc. En este caso el humanismo queda velado por las determinaciones formales, pero en la mayoría de los autores la referencia ha seguido siendo la comunidad humana.
- Modelo relacional-material, de J. Law o D. Haraway, que en lugar de tipo alguno de solidez lo que encuentra en la realidad social es la fluidez que se manifiesta en el hecho de que ésta venga a ser una relacionalidad material sin elementos preconstituidos, ni formales ni sustanciales, una relacionalidad que es constitutiva de todos los ingredientes del ensamblaje social, especialmente de los dos básicos o primarios: el espacio-tiempo social y la agencia. En consecuencia, la agencia social no puede ser exclusivamente humana, lo que

implica un descentramiento inesperado del ser humano respecto de lo social, que se percibe como post(o anti)-humanista.

Inevitablemente se encuentra así nuestra propuesta en conflicto con los dos modelos teóricos que han sido predominantes en la teoría social. De poco nos vale que entre ellos las peleas hayan sido y sigan siendo constantes. Pensemos por ejemplo en el sempiterno enfrentamiento entre individualistas metodológicos y holistas. Sus fuerzas se unen con rapidez para expulsar a un tercer competidor, que además viene con ínfulas de ser tendencialmente hegemónico.

(iii) No puede extrañarnos entonces que más allá de este conflicto multilateral nos encontremos con un profundo *rechazo* que el modelo relacional-material levanta no tanto por su diferencia ético-político respecto al humanismo, aunque esto también ayuda, cuanto porque al proponer una ontología episódica no coloca nada (ni al individuo, ni a la comunidad, ni a las leyes del desarrollo histórico, ni al sistema o estructura que pueda ligarlos) en la posición de mando y control: nada hay completamente determinante: nada es universal y necesario. Y esto suena a blasfemia para cualquier espíritu o disciplina que, como la Sociología, haya sido amamantado en el monoteísmo y educado en el sueño moderno e ilustrado del «*sapere aude*», del hacerse autónomo y del progreso, que no son sino un remedo de la providencia divina⁸.

Sin embargo, como en tantas situaciones similares, parte importante de lo que produce el escándalo está en el ojo que mira, que, en este caso, se resiste a percibir en el seno mismo de su propio mundo social una mezcla constante de estabilidad e inestabilidad, en lugar de una oscilación constante entre solidez (sustantiva o formal) y volatilidad o entre determinación e indeterminación. Tal propuesta, que es la que realiza el modelo teórico de la fluidez social, le parece escandalosa, a pesar de que con ella nos dotemos de las condiciones de posibilidad para abrir puertas a la alteridad en el interior de este mundo imposible que hoy habitamos⁹.

1.3. LÍMITES Y PUNTO DE PARTIDA

Mi objetivo central ha sido articular, aunque sólo sea como un preámbulo inicial, el modelo teórico de la fluidez social, siendo consciente de que, para ello, no basta con el privilegio epistemológico que conlleva el que se derive de las principales transformaciones históricas que están dibujando el perfil de nuestro presente, y admitiendo que dicho modelo se ve sometido, de entrada, a una triple limitación:

- No pasamos de afirmar que la fluidez es una forma de existencia social (una ontología) episódica y tendencialmente hegemónica, en el sentido de que esboza el horizonte al que parecen caminar los principales operadores sociológicos;

⁸ En este sentido tenían razón los marxistas de la primera mitad de nuestro siglo cuando decían que la sociología era una ciencia capitalista. Pero se equivocaban al pensar que lo era necesariamente, como su propia práctica les hizo ver después. Lo que ocurría es que la sociología se había modelado inicialmente con el mismo espíritu protestante (laico, pero creyente) que el capitalismo industrial. Y es ese espíritu el que nos percibe como blasfemia.

⁹ Quizá se entienda mejor esta diferencia radical con los otros dos modelos si tenemos en cuenta que la solidez (sustantiva o formal) que tales modelos predicaban de la realidad social ha venido dinamizada durante toda la modernidad por la oscilación histórica entre solidificación (estructuración, cosificación, institucionalización, etc.) y disolución (desestructuración, revolución, deconstrucción, etc.), de modo que la solidez o determinación se aliviaba y dinamizaba con las sucesivas disoluciones.

La dinámica de oscilación entre lo sólido o determinado y lo volátil o indeterminado puede entenderse como expresión de la forma de ser ser-humano en la modernidad (la subjetivación moderna, podíamos decir), que se ha movido entre (¿el miedo a?) la indeterminación total que, por ejemplo, podría traer la muerte de Dios y la consiguiente desaparición de un plan para el ser humano, y (¿el anhelo de?) la determinación o incluso sobredeterminación, que se quiere encontrar en alguna lógica profunda inscrita en la naturaleza, como el lenguaje matemático galileano, o en nuestra propia historia (la lucha de clases o el desarrollo de los medios de producción en el marxismo).

La emergencia y defensa de la fluidez social plantea, así, un cambio radical al desechar no sólo esa dinámica típicamente moderna de oscilación entre lo sólido y lo volátil, sino también la oposición entre (sobre)determinación e indeterminación, de modo que instala la realidad social y humana en un espacio de determinaciones indeterminadas (fuerzas, relaciones, materialidades que nunca controlan totalmente) y de indeterminaciones determinadas (somos y estamos en formas inestables).

Es una mirada algo más realista que no permite ni idealismos utopistas (como los de muchos habermasianos) ni renuncias pesimistas (como las de los primeros foucaultianos). No por ello nos convierte en meros administradores o gestores de lo que hay (como algunos cínicos postmodernos). Dada precisamente la indeterminación de lo humano y que sus determinaciones, más que limitaciones, son condiciones de posibilidad (Saborit, 2002), esto es, dada la oscilación de determinación e indeterminación, intrínseca a lo social, el modelo de la fluidez nos ayuda a cuestionar este mundo imposible que habitamos y a abrir puertas a la alteridad en su interior.

- Que la fluidez sea un hecho histórico o episódico no implica que no se pueda detectar también esa fluidez en espacio-tiempos pasados o distintos al nuestro, de hecho ahora nos será más fácil reconocerla, porque, entre otras razones, inevitablemente el presente actúa como alfabeto con el que leer el pasado; y
- La fluidez no es para nosotros un rasgo necesario o esencial de nuestras sociedades, no fue necesaria y puede dejar de serlo.

Junto a estas limitaciones hay que tener en cuenta, antes de entrar en el bosquejo del núcleo de mi propuesta, una serie de puntualizaciones que se derivan de lo que hemos comentado hasta ahora o que lo especifican y aclaran:

(i) Los procesos históricos revisados me llevan a afirmar que, como efecto principalmente de la globalización y la transformación del mundo económico, de la revolución tecnológica y de la mundializada cultura virtual-mediática, se ha producido una transformación radical en el modo de ser, presentarse y desplegarse de las estructuras espacio-temporales sociales, de los agentes sociales y de sus identidades; de lo macro y de lo microsocioal.

(ii) Esa transformación ha hecho que los integrantes ontológicos básicos de la realidad social se encuentren en estado fluido: sean flujos. En este sentido estaríamos de acuerdo con Castells (1997:445) en que «los flujos son la expresión de los procesos que *dominan* hoy nuestra vida económica, política y simbólica», de modo que el espacio-tiempo de flujos constituye «la organización material de las prácticas sociales». Aquí aparecen entrelazados la noción de flujos y los ingredientes básicos de la realidad social. Pero el problema es que si sustantivamos esa noción, especialmente como lo hace Castells¹⁰, retornamos a alguno de los otros modelos, olvidando que la transformación no se produce en el qué son (siguen siendo los mismos ingredientes), sino en el cómo son. Evitarlo tiene implicaciones tanto para la noción de flujo/fluidez

cuanto para la idea general que tenemos de tales ingredientes básicos.

Respecto a lo primero, y para evitar la sustantivación que puede conllevar hablar de «flujos», hablo de fluidez, como nombre abstracto de una cualidad¹¹. Con ello ratificamos que no nos referimos tanto a qué son cuanto a cómo son esos ingredientes. Hablando de «fluidez social» también evitamos otra peligrosa sustantivación, como la producida por el término «sociedad» (trasunto sociológico de esa entidad política que es el estado-nación), que es desplazado por el término «social», referido bien a una condición adjetiva que califica a la fluidez bien a una entidad, como nombre abstracto, que tendría cierta autonomía analítica o abstracta (lo social), pero carecería de una existencia separada de otros sustantivos abstractos (lo político, lo cultural, lo económico, etc.).

Respecto a los ingredientes básicos de lo social, aquella «desustantivación» nos ayuda a evitar entrar en la disputa metafísica sobre cuáles son tales ingredientes. Nos basta con admitir que éstos, como los flujos/fluidez que los expresan constitutivamente, se nutren de materialidad humana (corporalidad) y no-humana (tecnológica, pe.), y de energía informacional, emocional y material (fuerza, movimiento, calor, etc.). Lo cual nos deja seguir considerando como ingredientes ontológicos básicos de lo social al espacio-tiempo social, siempre simbólico y valorativo, y a la agencia, en su constitución y despliegue.

(iii) Como consecuencia de todo esto, el modelo de la fluidez social redefine ese hilo conductor de la teoría sociológica que ha sido la idea de que lo social se constituye relacionamente (en una estructura, según Durkheim; en una dinámica infraestructural, según Marx, etc.). En nuestro modelo esa relacionalidad es (ontológicamente) constitutiva y previa al modo de relacionarse y a lo relacionado, de modo que aquél (estructuras o redes) y éste (individuos, colectivos o instituciones) son efectos de la relacionalidad misma y se manifiestan como entida-

¹⁰ Castells define así los flujos: «secuencias de intercambio e interacción determinadas, repetitivas y programables entre posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad» (1997:445).

¹¹ Eso no quiere decir que no se pueda dar una definición de flujo que sea compatible con nuestro modelo, como ocurre con la que propone Law (2004:160) para flujo [*flux*]: «el sentido de que lo que hay no es una estructura con una forma que se puede descubrir, sino algo hecho y lleno a rebosar de corrientes heteromórficas, remolinos, chorros, torbellinos, cambios impredecibles, tormentas y con momentos de calma y tranquilidad». Lo cual parece más bien una presentación inicial de nuestra idea de fluidez.

des de formas inestables y maleables, esto es, fluidas.

(iv) Inicialmente hablar de fluidez social es hablar de la inestabilidad ontológica de los distintos fenómenos sociales, de que su creciente fluidificación hace que hoy resulte más fácil dar forma a los hechos sociales que mantenerlos en esa forma, esto es, que, como los fluidos, son maleables, pero, también como ellos, se resisten a permanecer en la forma que se les ha conferido. Por ello el núcleo del modelo consiste en especificar y desarrollar los rasgos o características de la fluidez social; en revisar la noción de forma social; y en recordar que sigue habiendo diferentes procesos de estabilización social.

2. EL MODELO DE LA FLUIDEZ SOCIAL

2.1. CARACTERÍSTICAS DE LA FLUIDEZ SOCIAL: FLUIDEZ Y SOCIALIDAD

A continuación destaco y desarrollo los rasgos que caracterizan la fluidez social y especifican en que consiste el ser social o, mejor dicho, su modo-de-ser actual, la vigente socialidad. Son rasgos que se han hecho manifiestos a partir de casos históricos previamente considerados. Constituyen un conjunto suficiente para hablar del modelo teórico de la fluidez social, en el que cada uno de esos rasgos se contraponen a los marcados por los otros dos modelos generales. Pero no son las únicas características o rasgos posibles de la fluidez social y no nos dan, por tanto, una definición cerrada de ella.

2.1.1. Multiplicidad inestable (frente a la solidez y unicidad de los modelos sustancialistas o formalistas)

Arrancamos con el rasgo obvio de que la fluidez implica que en lo social se da una inestabilidad, una contingencia y una movilidad intrínsecas en las formas y las formaciones sociales, sin que ello conlleve que éstas sean ligeras, suaves o nómadas. Una manifestación de ello la encontrábamos precisamente en uno de los espacio-tiempos sociales (ETS, a partir de ahora) más característicos de los últimos doscientos años, como son las grandes ciudades. Estas han pasado de ser un ETS donde los extraños se cruzan constantemente e interactúan con

una cierta cortesía o civilidad, a poblarse de lugares, como los centros comerciales, los aeropuertos, las plazas majestuosas del poder (sea *La Défense* en París o el Gobierno Metropolitano en Tokio) o los barrios marginales, en los que aquella cortesía o civilidad que cimentaba la convivencia ciudadana deja paso a un «no hables con extraños», que convierte en inestables y contingentes los correspondientes lazos sociales. Es una especie de disolución que enlaza con otros procesos como la homogeneización y aislamiento que generan todo tipo de urbanizaciones de extrarradio, de modo que al final no es que aquellos lugares resulten más livianos que las viejas plazas o mercados, sino que exigen otro modo de orientarse en ellos, que sea sensible a unas relaciones y unas entidades más contingentes y cambiantes.

A pesar de lo dicho, la fluidificación no hace desaparecer los lazos sociales, como cree Z. Bauman. Es cierto que ni siquiera en el ámbito de la familia o del trabajo podemos dar ya por supuesta la estabilidad, puesto que tienden a convertirse en desechables o consumibles y se instalan en un presentismo que es lo que lleva a Bauman a hablar del final de lo social. Sin embargo, esta conclusión sólo es sostenible a condición de sacar al individuo de la fluidificación y casi sustancializarlo y de no apreciar que la fluidificación, además de inestabilidad, (i) puede traer dureza y (ii) redefine lo social, que pasa de ser relación-entre-elementos a ser multiplicidad. Aclaremos ambas acotaciones.

(i) Igual que un barrio marginal o un centro comercial no configuran un ETS que sea más liviano que un mercado tradicional, el llamado «*soft capitalism*» —la organización empresarial que habla de redes, culturas, coaliciones, etc., en lugar de liderazgo o de control— no resulta menos duro o fuerte que el capitalismo industrial. Otro tanto podemos constatar en los estudios sociales sobre las identidades personales, cuyo sentido y estrategias emergen de su inclusión en alguna colectividad, tradición o movimiento. Por eso, puede darse el caso de que constituyan una identidad «tozuda», tanto por lo que se la imputa (caso de las marcas de la mujer inmigrante de color) como por las tomas de posición a las que se aferra (como muchos de los que asesinan a sus mujeres). En este sentido, ratificamos que la inestabilidad que conlleva la fluidez no excluye momentos-lugares de rigidez o tozudez. Lo cual no quita que la individuali-

dad aparezca como diluida o fraccionada, al estar siempre referida a una colectividad y constituida en relaciones variables, ensamblada en definitiva.

(ii) La identidad personal, la individualidad o la subjetividad, no resultan ser previas a lo social. Para constituirse como actor o agente social y poder actuar como tal, esto es, como aquél que tiene la capacidad de intervenir en los acontecimientos o de introducir una diferencia en ellos, el individuo necesita la condensación o ensamblaje, en un determinado momento-posición, de materialidad corporal, disposiciones adquiridas, reconocimiento, etc., es decir, deja de ser el átomo o elemento indivisible (in-dividuo) de lo social, para convertirse en efecto del ensamblaje de múltiples integrantes. Sumemos a ello el hecho de que el otro gran actor o elemento de las sociedades modernas, el Estado-nación, ha sufrido un proceso semejante en el que su descentramiento nos lo muestra más como efecto de combinatorias precarias que como presupuesto de ellas. La consecuencia es que la fluidez social conlleva el que todas las entidades sociales sean efectos de multiplicidades diversas o conjuntos de ingredientes heterogéneos. *Socialidad es multiplicidad*, sin que pueda hablarse de elementos, átomos o unidades indivisibles y estables de lo social, pero además esa *multiplicidad es inestable*.

2.1.2. Relacionalidad mutua (frente al esencialismo sustancialista y a la relacionalidad formal)

El segundo rasgo viene a ser un desarrollo de esta «multiplicidad», pues identifica la fluidez social con el hecho de que las distintas existencias sociales, de las micro a las macro, vienen hoy constituidas por procesos inestables y recursivos en los que se relacionan de un modo mutuamente constitutivo heterogéneos ingredientes semiótico-materiales, ninguno de los cuales es la unidad básica de lo social, porque no hay tal. La socialidad es pues relacionalidad, pero no en el sentido del modelo estructuralista o sistémico, sino en el de que todo, incluidas las redes, las regularidades y los componentes que se relacionan, son procesuales, parciales y precarias, porque son efecto de esa relacionalidad, que por eso es mutua. Lo cual, unido al hecho de que no pueda haber ningún elemento o ámbi-

to, como la acumulación de capital o las intenciones de los sujetos, que dé razón de los demás, nos conduce a una especie de materialismo relacional en el que tanto los agentes como las instituciones son resultados inestables de la autoconstitución recursiva de lo social: son logros contingentes, resultantes de la *mutua relacionalidad de materiales heterogéneos* (verbales, carnales, físicos, maquínicos, imaginarios, etc.).

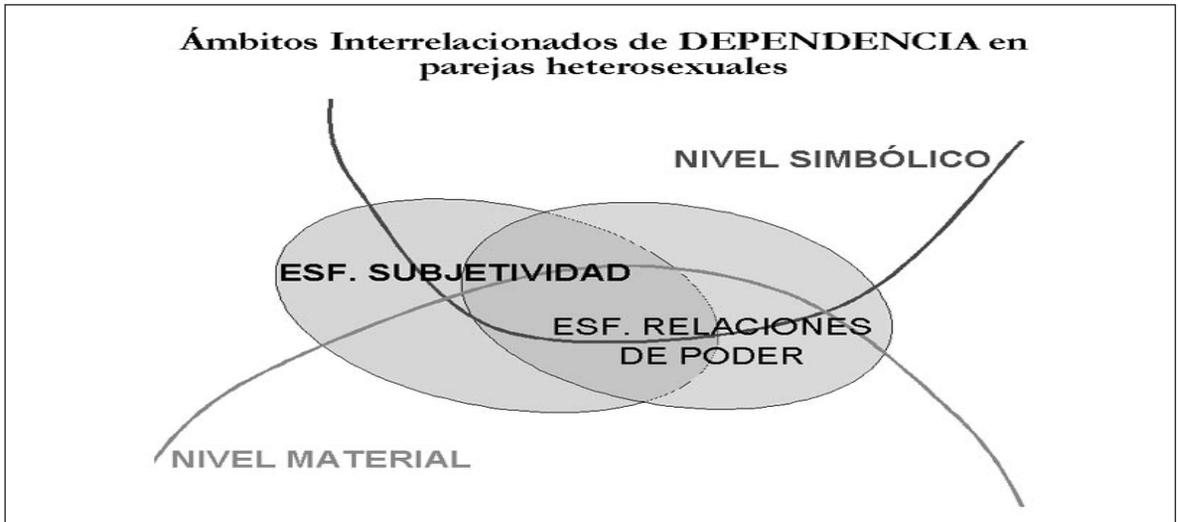
Permítaseme aclarar esto con un ejemplo que se deriva de las investigaciones empíricas que nuestro grupo viene realizando sobre la violencia de género como fenómeno ligado a las relaciones e identidades de género. El concepto de género, como el de clase (de E.P. Thompson a P. Bourdieu), resalta la constitución relacional, pues lo importante no es cómo se nace sino cómo se hace (S. de Beauvoir) y que este hacerse es histórico, disputable y siempre relacional (V. Woolf). El género nos confronta con nuestra realidad relacional: mi género, el varón que soy, es efecto y parte de las relaciones en las que me he visto inmerso desde la infancia y en las que me he encontrado investido de unas obligaciones y unas querencias que han ido variando con mis propias prácticas y relaciones. Esta procesualidad y fluidez del género no lo convierte en algo adjetivo o superficial. Todo lo contrario. Más bien hablaríamos de que es estructural, tanto en el sentido de que desborda las relaciones inmediatas o presentes y se extiende en el espacio-tiempo abarcando a muchas y distintas personas, cuanto en el sentido de que resulta configurado y condicionado por los modelos hegemónicos de género (cómo se debe ser varón-novio, varón-esposo, varón-padre, etc) y por sus actualizaciones concretas.

De aquí que, al estudiar la violencia desatada en las relaciones de género, nos vemos estudiando una realidad procesual y doblemente relacional: constitución relacional de cada uno de los géneros encarnados y de la relación íntima entre ellos, que los modifica. Por ello, hay que atender a los modos y mecanismos que alimentan y actualizan tanto al vínculo en tales parejas como al género de cada uno de sus miembros. Así, en lugar de caer en el normativismo estructuralista, obsesionado con los valores, o en el legalista, que confunde regularidad social con regulación jurídica, podemos centrarnos en la multidimensionalidad de las (in)dependencias que alimentan el vínculo de

las parejas heterosexuales occidentales modernas. En ellas se conjugan, al menos, dos niveles y dos esferas que pueden ser diferenciadas analíticamente, pero realmente interdependientes. Son, por un lado, la esfera de la formación de

subjetividades y la esfera de relaciones de poder y, por otro, el nivel de dependencia simbólico, concentrado en el reconocimiento, y el nivel de dependencia material, concentrado en la reproducción (biológica) de sí mismo o en otro.

Figura 3. Relacionalidad mutua: Dependencia y género



Elaboración propia

Sólo si tenemos en cuenta esta naturaleza procesual, recursiva, materialmente heterogénea y doblemente relacional de las relaciones de género, se puede evitar un planteamiento simplista o unilateral de las mismas y de los fenómenos que como la violencia de género se inscriben en su seno. A eso es a lo que, en parte, me refiero al hablar de «relacionalidad mutua».

Para aclarar algo más este segundo rasgo de la fluidez social conviene subrayar que la heterogeneidad y mutualidad de la relacionalidad que constituye lo social conlleva lo que podríamos denominar la fluidificación de las fronteras de lo social, es decir, conlleva que aquello que finalmente consideramos social sea el resultado del encuentro promiscuo y reconfigurador de entidades que hasta ahora hemos considerado como externas o periféricas a lo social, como lo tecnológico, lo biológico, etc. Esta fluidificación nos va a llevar al siguiente rasgo (socialidad postsocial), pero además nos permite recordar ahora que las realidades sociales son múltiples en el sentido de que, como en el

conocido estudio de las anemias (clínica, estadística y fisiológica) de A. Mol, dependiendo de las asociaciones o relaciones de las que son resultado serán una cosa u otra, serán cosas distintas, que no se corresponden y que están ligadas a distintas prácticas y con implicaciones diferentes. De aquí que hablemos de fluidez ontológica.

Por otro lado, la heterogeneidad de los constituyentes (y de los constituidos) de lo social ayuda también a dar razón de las diferencias, desigualdades y gradaciones en la fluidez y tozudez, haciéndonos apreciar no sólo que en última instancia la delimitación de la contingencia e inestabilidad social, esto es, de su fluidez, es local, sino que todo lo social es precario e incompleto y que, como se puede ejemplificar con el caso de las complejas y variadas formas actuales de paternidad, más que un ser o un modo-de-ser es un «llegando-a-ser» (*becoming*), que se mueve en la indeterminada gama de los grises y no en la oposición bicolor y dicotómica del ser o no-ser.

2.1.3. *Socialidad heterogénea y postsocial (frente al supuesto aislamiento sustancialista o a la diferenciación sistémica de lo social)*

La fluidificación de lo social hace que pierda su univocidad constitutiva y que se vea promiscuamente ligado a ámbitos como el tecnológico, el político o el corporal. Ello supone, evidentemente, tener que reconsiderar nuestras nociones de tales ámbitos, apreciando, por ejemplo, que «La tecnología es la sociedad hecha para que dure» como afirma B. Latour (1998) en un conocido trabajo; que la política más que el gobierno del Estado es, como ha argumentado C. Mouffe, el antagonismo y el arte de lo posible; o que nuestra corporalidad no es mero resultado del cruce de lo biológico con lo social, sino que se constituye en base y referente del sentido social, como han argumentado desde distintas tradiciones M. Douglas y J. Butler. Lo cual no quiere decir que la fluidez social implique hacer de lo social el centro del universo, pues los heterogéneos ingredientes materiales en cuya mutua relación constitutiva emerge están simultáneamente dentro y fuera de lo social, y se manifiestan y delimitan también conforme a lógicas semiautónomas (la lógica maquina de la eficiencia, la lógica de la hegemonía, la lógica orgánica de la vida-y-la-muerte, etc.).

La heterogeneidad de los materiales integrantes conlleva la quiebra de una de las intuiciones originalmente constitutivas de la idea de sociedad, a saber que ésta es la reunión, relación u organización de individuos, de modo que la posición central de lo social ha venido generalmente otorgada a los seres humanos en sí mismos o en sus objetivaciones estructurales. La misma sociología aparece genéticamente ligada a ese mundo específicamente humano de los valores y la cultura (como lo prueban sus primeras denominaciones: *Moralsciences* y *Geisteswissenschaften*) y comprometida con el estudio de lo que agrupa y da cohesión a los seres humanos (la sociabilidad de Aristóteles o de G. Simmel, la comunidad y la asociación de F. Tönnies, la solidaridad mecánica u orgánica de E. Durkheim, etc.). Puede decirse, en consecuencia, que el antropocentrismo y el humanismo han alimentado a la sociología desde su origen, condicionando sus posibles modelos teóricos básicos.

Por ello, al descentrar la posición que ocupa el ser humano en lo social (para la sociología clásica) y despegarse así del humanismo fundacional, el modelo de la fluidez resalta que la realidad social, incluida la acción social, lejos de ser una realidad exclusivamente humana se constituye también en y por entidades no-humanas e incluso inorgánicas: la agencia social es una realidad situacional y flexible que enlaza un conjunto diverso de posibilidades y de capacidades y que puede ser realizada por distintos tipos de entidades. Más que antihumanismo, lo que aquí encontramos es una propuesta posthumanista de la teoría social, en la que en lugar de hablar de «sociabilidad», como predisposición innata de los seres humanos a vivir con otros, se habla de «socialidad» como cualidad que, en su relacionalidad mutuamente constitutiva, adquiere un conjunto heterogéneo de ingredientes humanos y no-humanos, convirtiéndose en entidad social. El cambio de sentido respecto al término «social», que con ello se produce, nos lleva a pensar en una *socialidad heterogénea como «socialidad postsocial»*.

2.1.4. *Porosidad liminar (frente al cierre ontológico de sustancialismos y formalismos)*

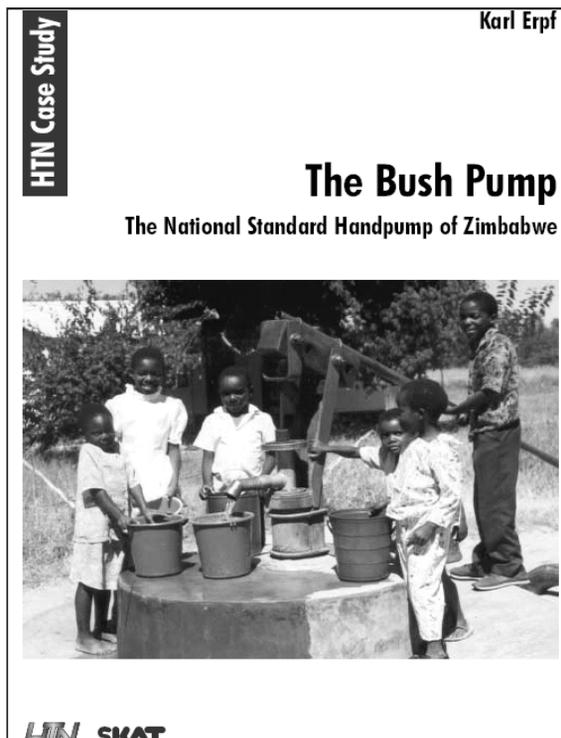
Por último, la fluidez social implica una porosidad de las fronteras materiales y de los límites conceptuales que a ella misma le afecta, de modo que lo sólido no queda expulsado de la realidad social. En algunos casos lo sólido será reabsorbido por un ensamblaje relacional que nos muestra la fluidez subyacente. Pero en otros se concreta en el hecho adverso de que la solidez se instala o surge a veces en medio de las formas sociales más fluidas, como ocurre con la tozudez machista en medio de la fluidificación de las identidades. Este segundo tipo de casos me obliga a reconocer que no hay separación nítida o tajante respecto de los dos modelos teóricos que nos preceden (el sustancialista y el estructuralista) y a aclarar, como enseguida haré, que hablar de fluidez no es centrarse en el cambio sino, más bien, entender las estabilizaciones sociales como realidades dinámicas o procesuales, precarias e incompletas.

Antes conviene aclarar el caso de los sólidos que son absorbidos por lo fluido. Para ello me voy a referir a un magnífico estudio de M. De Laet y A. Mol (2000) sobre la *Bush Pump* (una

bomba manual de agua muy utilizada en Zimbabwe) como tecnología fluida.

El carácter ejemplar de este caso viene dado porque algo que, en principio, es tan sólido como una bomba de agua, con sus piezas mecánicas, sus principios hidráulicos, su firme y segura instalación con hormigón, etc., sin embargo resulta tener límites vagos y móviles en su viabilidad y en su constitución, ya que incluso aquellos ingredientes terminan siendo efecto de su relacionalidad mutua y estando así fluidamente entrelazados con su mundo. Nos permite, con ello, apreciar la fluidez subyacente a esos ingredientes sólidos.

Figura 4: Bomba de Agua



Fuente: Internet

La bomba de agua es tal cuando es capaz de extraer agua, especialmente si es agua potable. Pero ello requiere, entre otras cosas, que se haga de modo adecuado un agujero en un sitio propicio, lo cual en el caso de Zimbabwe requiere conjugar las instrucciones de instalación con la opinión del zahorí del lugar, y que la comunidad se organice para usarla y mantenerla. De este modo, los límites de la bomba incluyen a la comunidad, a la vez que ésta encuentra en la

bomba un medio para articularse como tal (una propiedad común, una cierta organización y distribución de responsabilidades, etc.) e incluso el propio Estado nacional ha estado ligado en su consolidación a la propagación y estandarización de esta bomba de agua.

Si hablamos de la potabilidad del agua, esto es, de la bomba como agente higiénico, nos volvemos a encontrar con la fluidez: no es posible aceptar estándares universales de salubridad, entre otras cosas por la práctica imposibilidad de hacer las mediciones con las normas casi-de-laboratorio exigidas, porque la salubridad siempre es relativa a las otras alternativas posibles, ya que la relación entre el número de bacterias *e. coli* y la salubridad no es directa, depende de hasta que punto son bacterias «familiares» en esa comunidad, etc.

Y lo mismo sucede con los componentes más mecánicos (sólidos), que se han ido viendo transformados por diversos requerimientos locales. Por ejemplo, aquellas tuercas «imprescindibles», que unían la palanca al bloque de la bomba y que había que apretar cada cierto tiempo, resultaron ser sustituibles por barritas de acero. Otro tanto sucedió con el tamaño entre las piezas subterráneas, que tuvo que ser reducido para facilitar la reparabilidad *in situ*, aunque fuera a cambio de perder una cierta robustez.

La solidez de la bomba deja traslucir una cierta fluidez, que ejemplifica la porosidad liminar, al menos en tres sentidos:

- la inestabilidad de sus límites, debida a que sus distintas identidades (como objeto mecánico, sistema hidráulico, agente higiénico, recurso comunitario o identidad nacional) tienen trazas diversas pero interrelacionadas en una mutua configuración;
- en cada una de esas identidades se reproduce la fluidez al no poder separarse nunca nítidamente del entorno y permitir que la mayoría de sus integrantes puedan cambiarse;
- la evaluación de sus actividades nunca es un asunto binario (sí o no), depende de qué actividad o capacidad se evalúe, de los criterios que se le apliquen, etc.

2.2. FORMA Y ESTABILIZACIÓN SOCIAL

Antes de considerar algunos de los mecanismos de estabilización hay que revisar el concep-

to de forma social y, para ello, conviene recordar que la *materialidad* relacional, que hemos imputado a la ontología fluida de lo social, es en realidad *semiótico-material*. Es algo que se hace manifiesto, por ejemplo, en la naturaleza ficcional, narrativa y performativa de las identidades colectivas (B. Anderson) y personales (J. Bruner y J. Butler); en la naturaleza virtual de las estructuras sociales (A. Giddens); en la consideración del espacio social como narrativa u ordenación temporal y de sentido (M. Shapiro); en el paso del valor-de-cambio al valor-de-signo, en el que las cosas, e incluso el dinero mismo, valen según el significado y el valor (simbólico) que se les atribuye colectivamente; etc. Pero ni la sobreabundancia de lo semiótico en la vida social, ni la de los simulacros (J. Baudrillard), que han salido de los parques temáticos para instalarse en el corazón de algunas ciudades, como Salamanca, deben llevarnos a olvidar que uno los ingredientes constitutivos fundamentales del ETS son las trayectorias, las prácticas rutinarias, las relaciones corporales, etc., de las personas, los grupos y las cosas. Por eso hablo con guión interpuesto, para marcar la interdependencia constitutiva de lo material y lo semiótico en todas las formas sociales.

2.2.1. Forma social

La analogía con los fluidos nos ha llevado a caracterizar lo social por su facilidad para cambiar de forma y su dificultad para mantenerse en esa forma, esto es, por la inestabilidad constitutiva de las formas sociales. Con ello he ligado fluidez y forma social, obligándonos a resignificar la noción de «forma social».

Tal resignificación comenzó cuando argumenté (García Selgas, 2003) la necesidad de pasar de los conceptos de flujos y redes a fluidez y articulación, porque aquéllos no dejaban de ser estabilizaciones o condensaciones de una fluidez que simultáneamente conforma el espacio-tiempo que los contiene y los ingredientes que los recorren y constituyen. Redes y flujos, más que expresar una especie de «solidez» o pureza formal de una estructura, se muestran así envueltos en los desplazamientos y cambios sociales, implicados en ellos como agentes, sometidos a la fluidez general y haciendo tan relevantes los nodos como los intersticios. Por ello he preferido hablar de articulación, que, a la

vez que retiene la idea de conectividad y relacionalidad, resalta la materialidad, heterogeneidad y conflictividad de cualquier estabilización reticular, así como su contingencia y líneas de fuga.

Esta idea de la forma social como articulación, como contingente estabilización formal y material o, mejor, semiótico-material, nos coloca frente a las concepciones más puristas o formalistas de la forma social, derivadas del kantismo simmeliano y desarrolladas por el dogmatismo de N. Luhmann o el logicismo de G. Spencer-Brown, que la conciben como forma pura de conexión o de interacción recíproca. Nuestra concepción no ahorra a la forma social las resistencias de la fricción con la realidad, como explícitamente pedía Simmel (2002:83). Más bien lo contrario, pues hemos incluido entre los miembros de las configuraciones sociales entidades normalmente consideradas ajenas a lo social, como máquinas o animales, y las resistencias que de estos maridajes se van a producir serán claves, como en seguida veremos, en los procesos de estabilización social. Así que la forma social se sigue cargando de materialidad y se asocia con el contorno que perfila y limita lo social.

Pero, como en los fluidos, al hablar de entidades inestables, más que límites cerrados encontramos membranas porosas, fronteras disputadas, líneas de encuentro promiscuo, etc. Lo cual no quita que la forma, como ocurre en los fluidos, también aluda a las relaciones de posición y de propiedades, pero como en las turbulencias, esas conexiones, estructuras o formas ni constituyen ni están constituidas por partes discretas: ni las formas, como relaciones, constituyen espacios o lógicas autónomas (dependen de su relación con otras áreas y de la materialidad de las relaciones), ni hay diferenciación tajante entre sus distintos componentes (nodos, líneas de paso, etc.), que dependen de lo que efectivamente los (re)produzca.

En definitiva, en lo único en que podemos coincidir con una visión formalista como la de Simmel es en que la noción de «forma social», como articulación de relaciones, límites y delimitaciones, se liga a la de «sociabilidad», que, por las razones antes aducidas, prefiero denominar «socialidad» y que he concretado con los rasgos de la fluidez social: multiplicidad, relacionalidad, recursividad, heterogeneidad, conflictiva materialidad, etc. Los conceptos de

«forma social» y «fluidez social» son, en este sentido, mutuamente dependientes.

Pensemos, por ejemplo, en la convergencia de fluidez y forma social en el caso del Estado. La capacidad de gobernar su territorio-nación, que es lo que constituye el eje de forma(ción) del Estado, parece deslizarse de las sólidas manos de éste a las múltiples manos de gobiernos locales y de agencias transnacionales (políticas, económicas o militares) y a las inestables manos de redes globales de riqueza e información y de proyectos colectivos de resistencia. En la dispersión del poder estatal se anuncia, si no se muestra, la fluidez del Estado como forma social, lo que no implica su desaparición sino la constatación de que su forma reside en la capacidad de articulación semiótico-material y en la reorganización constante de límites y relaciones.

2.2.2. Estabilizaciones

Hemos mantenido que la fluidez social incluye el hecho de que lo social sea parcialmente ordenable o estabilizable. Pero frente a los otros modelos ontológicos no considero los principios de estabilización o estructuración social como entidades substantivas o autónomas, sino como resultados y partes de los procesos de configuración de las distintas formas sociales. Por supuesto, al considerar tales principios hay que referirse a pautas de conducta, modelos de relaciones, regularidades o normas de organización, patrones, instituciones, etc., pero, a pesar de ello e incluso aunque en algunas circunstancias puedan llegar a tener la dureza de los objetos, eso no elimina que queden sometidos a la fluidez general tanto por la compleja trama de relaciones y labores que los sustentan y hacen posibles, cuanto por el gasto e intercambio de energía (informacional, emocional y material) entre los múltiples ingredientes articulados que siempre requieren. No puede extrañarnos, por tanto, que las dinámicas de estabilización se anunciaran ya en dos de los rasgos característicos de la relacionalidad material de la fluidez: en (i) la recursividad y en (ii) la performatividad.

(i) La *recursividad*, como proceso de repetición de componentes de la práctica social que

estabiliza una dinámica, una relación o una entidad, aparece de una u otra manera en casi todas las teorías sociales. En nuestro modelo la recursividad es un mecanismo clave para dar respuesta al problema tradicional del «orden social», entendido como ordenación de lo social, que es más un efecto que una causa de las dinámicas y fuerzas sociales y que en última instancia está determinada por condiciones locales. Por ello concretamos la noción de «recursividad» mediante el concepto de «*modos de ordenación*» de lo social propuesto por J. Law (1994), que alude a algo tan empírico como las distintas formas en que se estabiliza una organización social, que ni son todas las posibles ni se excluyen unas a otras¹². Casos ejemplares y muy conocidos de ello son el modo arriesgado de empresa, el modo burocrático de administración, el modo carismático de visión o el modo disciplinado de la vocación, que no tienen existencia fuera de su actualización ni más coherencia que su éxito, siempre contingente.

(ii) La dinámica estabilizadora de la *performatividad*, que ha sido especialmente analizada en estudios sobre identidades, género o micropoderes, se refiere básicamente a la capacidad constitutiva o productiva y no-intencional que reside en la iterabilidad (esto es, en la repetición con variaciones) de una convención, que a su vez sólo se sedimenta porque se reitera. Realidades sociales, como el matrimonio, que quedan instituidas por su mera enunciación en las condiciones apropiadas, además de la creación de un vínculo social entre dos personas concretas, implican la estabilización misma de una institución o convención social (el matrimonio). En este sentido, hay que decir que la iterabilidad performativa, a la vez que instituye aquello a lo que se refiere (ese casamiento) y estabiliza una convención (el matrimonio), regula y delimita unos alineamientos o relaciones concretos entre unas posiciones-objeto (textos, instrumentos, anillos, etc.) y unas posiciones-sujeto (autoridad, contrayentes, testigos, etc.). En todos sus efectos liga, además, la sedimentación con la posibilidad de contestación.

Es importante resaltar que esta compleja producción ontológico-social se da también en los «modos de ordenación». Pues para asegurar su

¹² Una definición posible de modos de ordenación social, basada en Law (1994:100-112), es la que los identifica con modos de conectar entre sí entidades o patrones recurrentes, que son efectos o arreglos (socio-materiales) locales, de manera que al ser recursivamente dichos (en los discursos), realizados (en las prácticas) y encarnados (en las distintas materialidades) generan una cierta estabilidad social.

duración, además de combinarse en la estabilización de una organización o entidad social y de apoyarse en la resonancia que unos modos tiene en otros, necesitan unas «delegaciones materiales» o delegaciones de relaciones, sentidos o posibilidades sociales en cosas no humanas como anillos, registros municipales, archivos, pero también teléfonos, trenes, etc. De este modo la estabilización social, además de dinámicas recursivas o performativas, necesita ser activada y encarnada en entidades materiales (técnicas, orgánicas, simbólicas). Y así, tanto ella como la fluidificación, son fruto de la relacionalidad de materialidades heterogéneas, que es el contenido básico de la idea regulativa de este modelo teórico: la «promiscua fluidez».

3. APLICACIÓN: MEDIOS Y POLÍTICA

Como toda teoría científica el modelo teórico que da contenido a la teoría de la fluidez social va necesariamente emparejado con las aplicaciones que lo especifican y perfilan. Tales aplicaciones pueden ser concretas o generales. Las primeras dan lugar a investigaciones empíricas específicas en las que se está aplicando y desarrollando este modelo. Es el caso de muchos de los trabajos que J. Law o A. Mol vienen desarrollando en la Universidad de Lancaster, de la obra reciente del sociólogo franco-italiano A. Semprini (2003) o de nuestra propia investigación sobre la violencia de género, antes mencionada. Las segundas aplicaciones, las generales, son las que ahora nos interesan, pues constituyen los modos y maneras de hacer visible lo que el modelo conceptualiza. Con ellas se hace realmente posible el cambio de mirada o visión (no otra cosa es un cambio teórico) que nos saque de la rigidez de los modelos sustantivistas y los formalistas. En nuestro caso, las aplicaciones generales están todavía en un proceso de configuración. Por un lado, tenemos aquellas dirigidas a tejer una trama conceptual que habilita la cartografía de un ETS fluido y de unas prácticas y agencias igualmente fluidas. De entre esos conceptos me centraré en el que parece constituirse en eje de esa cartografía, el concepto de «envoltura», pero no hay que olvidar que hay otros implicados como los de «cronotopo» o «atractor». Por otro lado, la inevitable naturaleza performativa de toda teorización social hace que algunas de esas aplica-

ciones generales vayan dirigidas a esclarecer y considerar las implicaciones políticas del modelo planteado.

3.1. CARTOGRAFÍA: LA «ENVOLTURA»

Nuestro modelo teórico requiere modos y maneras un tanto específicos de hacer visible e investigable científicamente esa realidad social que ahora tildamos de fluida. Por ello se hace necesario elaborar una trama conceptual que nos facilite la cartografía de la fluidez social. De entre los conceptos que he recogido me voy a centrar en uno que responde a la necesidad de captar lo que llamamos «relacionalidad mutua». Es el concepto de «envoltura (*wrapping*)», que quizá sería mejor denominar «envolvimiento» ya que viene a ser, como dice el *Diccionario de la RAE* (21ª edición), «la acción y el efecto de envolver o envolverse». Eso que, por ejemplo, hacen en una tienda con los guantes que acabamos de comprar.

La conveniencia de tal propuesta se aprecia mejor si recordamos que ese concepto responde a la necesidad de pensar científica y críticamente unas relaciones, entidades o instituciones sociales, que, no menos que su teorización, aparecen como fragmentadas o ingravidas y carentes de una infraestructura que las fundamente: (i) fragmentación y (ii) pérdida de profundidad.

(i) Me refiero a la fragmentación que, por ejemplo, se manifiesta en la descomposición del pasado que nos permite mezclarlo a trozos con el presente, pero a condición de romper la distancia entre el pasado y el presente; o recuperarlo de modo nostálgico, como ocurre en la arquitectura postmoderna, en confrontaciones sociales como el Alarde de Irún o en series de televisión como *Cuéntame*. También se muestra esa fragmentación en el hecho de que cualquier teorización con pretensión de universalidad tenga que empezar hoy por justificarse para no oler a totalitarismo.

(ii) La superficialidad o falta de profundidad, por su lado, es parte y efecto de la quiebra de la distinción fundamental entre el interior y el exterior, entre el texto y el contexto, entre esencia y apariencia. Algo que se aprecia claramente en los centros comerciales, sobre todo cuando somos conscientes del lugar cada vez más importante que ocupan en nuestras vidas. Son modos y modelos de la ruptura entre interior y

exterior. Así, por ejemplo, frente al elitismo y al utopismo (tecnológico) de los grandes edificios modernistas, estas construcciones se declaran populistas, abiertas no sólo a todos, sino dispuesta a hablar su lengua común y a asimilar sus formas más populares. A quien entra en ellos se le recoge sin distinción y se le conduce por espacios que pretenden recrear el paisaje más acogedor y estimulante de nuestras calles y plazas (figura 5). No buscan ser de una casta superior, pero tampoco quieren identificarse con lo que les rodea. Se vuelven sobre sí mismos, sin pretender cambiar nada que no sea el espacio que constituyen. Como en los parques de ocio, todo lo que hay en ellos se resitúa y se recompone por su relación con el resto de los ingredientes, ya que es *la envoltura* que el centro comercial les procura lo que les perfila y otorga existencia espacial. Lo que originalmente sería exterior aparece ahora en el interior, con mayor realidad incluso que esos bancos enanos de los parques y las plazas en los que pocos son los que reposan. La completa simetría que suele haber en todo el centro comercial, así como los pasillos iguales

unos a otros, los grandes carteles, los banderines y demás colgantes, el trasiego incesante, etc., lejos de ayudar a la orientación, nos lleva a extraviarnos y a quedarnos atrapados allí para siempre en un hiperespacio que, mediante una «desconcertante inmersión», produce la «supresión de la profundidad» (Jameson, 1996:62).

La envoltura asume la fragmentación y la ausencia de profundidad, renunciando así a encontrar un fundamento de la realidad social, pero no a encontrar su mecánica y su dinámica. Pero a diferencia de otros conceptos, como el de «intertextualidad», tiene la ventaja de que él mismo asume una mayor superficialidad, materialidad, cotidianidad u ordinariez, y, sobre todo, «conserva el prerrequisito esencial de la *prioridad* e incluso de la *jerarquía* (..), aunque lo vuelve reversible. Lo que está envuelto también puede utilizarse como envoltorio y, a su vez, éste puede ser envuelto» (Jameson, 1996:131). Los guantes que nos habían envuelto, envuelven después nuestras manos, que a su vez envolvían al envoltorio inicial. La reversibilidad convive con la diferenciación jerárquica entre lo envuelto y el envoltorio. Pero la consecuencia de esta convivencia es que la jerarquía resultante no queda esencializada o naturalizada sino que ella misma es móvil y no puede por tanto constituir un centro privilegiado, determinista o incuestionable de conocimiento o de articulación de lo social. Lo cual abre posibilidades a visiones críticas o alternativas.

El problema de esta formulación inicial del concepto de «envoltura» es que puede terminar, como ocurre en el caso de Jameson, por hacerse demasiado etérea o teórica, como si fuera cuestión de elegir con qué envolvemos o qué envuelve a qué. Para salir de esta situación y poder así recordar que el código es contingente pero no elegible a voluntad y recuperar la materialidad del concepto de envoltura acudo al desarrollo hecho por la sociología de la ciencia de Latour. En este caso, más que el acto de envolvimiento, se resalta el procedimiento de ensamblaje o articulación estable de ingredientes heterogéneos que conlleva la envoltura y que es lo que viene a generar una unidad con ciertas competencias y con una existencia, que puede llegar a ser naturalizada o institucionalizada, pero que en ningún momento pierde su carácter contingente ni sus mecanismos de cambio.

Entre las virtualidades de este desplazamiento conceptual yo señalaría las siguientes: a) nos

Figura 5: Exterior-Interior de un centro comercial



Foto: Maite Plaza Garmendia

da una nueva definición de existencia y realidad como efecto de los ensamblajes de ingredientes heterogéneos (humanos y no-humanos) que intervienen, con lo que asume una mirada pos-social y permite explicar tanto la estabilización como el cambio; b) transforma el relativismo en una concepción de la existencia relativa, graduable y jerarquizable; c) nos ayuda en dos de nuestras tareas centrales, como son redefinir la agencia social (las competencias y capacidades son efecto de los distintos ensamblajes) y pasar del conocimiento representacional al conocimiento articulador; y d) muestra lo cuestionable o politizable de toda existencia social, al poner en un continuo la realidad social con su posibilidad o alteridad.

Evidentemente no puedo desarrollar aquí esas virtualidades. En lugar de ello, y en conexión con la última, voy a terminar haciendo una escueta aclaración de los componentes políticos del modelo presentado.

3.2. COMPONENTES (ONTO)POLÍTICOS

Muchos autores, de Castells y Bauman a los creadores de manuales para ejecutivos, identifican la fluidez con las tecnologías de la información y la comunicación o con el capitalismo financiero y su globalización, y eso dificulta percibir que la fluidificación se da también en las identidades, lo que puede convertirlas en una cuestión política, o que afecta al heterogéneo movimiento antiglobalización, que se resiste, al menos parcialmente, al dictado de esa forma de acumulación y (des)orden capitalista y al uso unidireccional de aquellas tecnologías. Tan generalizada está aquella identificación que puede ser útil terminar cuestionándola, pues ello nos permitirá mostrar cómo precisamente allí donde más difícil parece, la fluidificación abre resquicios para la crítica.

Por ejemplo, quizá Bauman tenga razón al afirmar (2000:85-8) que la fluidificación de las identidades y la inestabilidad de sus eventuales referencias facilita el hecho de que el control y el poder que se ejercen sobre nosotros no siga hoy la forma disciplinante panóptica o de vigi-

lancia sino el modo seductor de lo «sinóptico»: se nos hace estar atentos al espectáculo, entretenidos con él, y permanecer como meros espectadores. En lugar de unos pocos vigilando a la mayoría ahora es la mayoría la que observa, atiende y sigue constantemente a unos pocos, que, más que elegidos, son contingente y temporalmente cooptados. Es igual que esos pocos sean artistas, deportistas o políticos, caen todos bajo la categoría de famosos. Es un sistema de control que encaja perfectamente con una ordenación social mediada y constituida por el consumo masivo (especialmente de servicios y de bienes culturales) y por la información-entretenimiento mediática. Tenemos una constatación de ello en el éxito de programas de *reality show* y competitivos como las cinco ediciones de *Operación Triunfo* (TVE1 y Tele 5, 2001-5) o las siete ediciones de *Gran Hermano* (Tele 5, 2000-05), que han convertido a muchos de sus anónimos participantes en miembros de ese bien remunerado circo de famosos y tertulianos¹³. La sobrepresencia sinóptica de ofertas y propuestas, de las que no es posible apartar la mirada, parece producir tanto una parálisis de la crítica cuanto un vaciamiento de las voluntades, de los yoes y, en última instancia, de la agencia capaz de resistir.

En este sentido, coincido con Bauman (2000: 132-3) en que hoy nuestro principal problema no es «¿qué hacer?», sino «¿quién lo va a hacer?», de aquí, en parte, la inevitable carga política de aquellos análisis sobre la agencia social que ratifican que la modelización teórica de lo social como fluidez es política, además de ontológica: es una ontología política de la fluidez social.

Creo, sin embargo, que la parálisis de la crítica sólo se produce si seguimos entendiendo a ésta bajo el modelo de la revolución (liberal-ilustrada o marxista), que exige la posibilidad de transformar radicalmente un orden estable, cerrado y opresor, o, al menos, de asaltar el palacio de invierno, la Bastilla, etc., pues ya no parece localizable una torre de control desde donde se nos vigile, ni un castillo o consejo de administración donde se dibuje lo que ha de suceder. A lo que se pone fin es al modo moder-

¹³ En concordancia con ello, las últimas reuniones del elitista y poderoso grupo de Davos se han visto aderezadas con la presencia de «famosos» como las actrices Sharon Stone o Angelina Jolie y Bono, cantante de U-2, conocidos por sus compromisos humanitarios y que suavizarían el duro perfil capitalista-depredador de los allí reunidos. Con ese mismo objetivo, a ellos se han unido este año viejas estrellas del deporte como Pelé o Muhammed Ali, más conocido como Cassius Clay. (Ver EL PAÍS 25, 26 y 27 de enero de 2006).

no de desplegarse la crítica o la resistencia, esto es, al modelo de la dinámica destrucción/construcción, a la dinámica revolucionaria, al imaginario moderno de aparecer *ex novo*, rompiendo con las tradiciones. La fluidificación afecta al orden y a su desorden. Para detectar las disidencias, las críticas y las resistencias hay que mirar más bien dentro de las dinámicas dominantes mismas. Que no haya un final-feliz que sirva de guía utópica no impide que se puedan generar alternativas y que ello alimente la crítica del orden existente.

Recordemos un caso ya comentado: el predominio del valor signo, de la imagen sobre la mercancía y sobre su valoración monetaria, es un elemento central en la fluidificación de lo social y en la desarticulación de algunas de sus instancias críticas. Pero precisamente la maleabilidad, lo efímero y lo poderoso de las imágenes

permite que se conviertan también en medios de lucha y resistencia, como ha sucedido con el grafiti urbano, el hip-hop de los suburbios o el pasamontañas zapatista, que, sin embargo, son susceptibles de posterior mercantilización o reabsorción por los mecanismos de seducción/dominación hegemónicos. La fluidez afecta a la crítica también. De ahí su inestabilidad y complejidad, pero no su inexistencia ni su imposibilidad.

Situados y convertidos ya, por azares de la historia, en realidades intrínsecamente fluidas no nos queda más opción, por ahora, que asumir esa fluidez y no ponernos excesivamente tensos ni atemorizarnos, pues con ello sólo conseguiremos agotar las pocas energías que parecen quedarle a esta civilización o animar reacciones tozudas que en un exceso de solidificación terminarán configurando cuerpos inertes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Z. (2000): *Liquid Modernity*, Cambridge (UK), Polity.
- BERMAN, M. (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (1997): *La era de la Información. Vol 1 La sociedad red*, Madrid, Alianza.
- DE LAET, M. & MOL, A. (2000): «The Zimbabwe Bush Pump: Mechanics of a Fluid Technology», *Social Studies of Science*, vol. 30 nº 2.
- ERIKSON, R. y GOLDTHORPE, J. H. (1992): *The Constant Flux: A Study of Class Mobility in Industrial Societies*, Oxford, Clarendon.
- GARCÍA SELGAS, F. (2001): «Preámbulo para una ontología de la fluidez social», en *Atenea Digital*, vol. 1. www.blues.uab.es/athenea.
- GARCÍA SELGAS, F. (2002): «De la sociedad de la información a la fluidez social», en J. M. GARCÍA BLANCO y P. NAVARRO (eds.), *¿Más allá de la Modernidad?*, Madrid, CIS.
- GARCÍA SELGAS, F. (2003): «Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos», *Política y Sociedad*, nº 40.
- HARVEY, D. (1991): *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell.
- JAMESON, F. (1996): *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta.
- LATOUR, B. (1998): «La tecnología es la sociedad hecha para que dure», en M. Doménech y F. J. Tirado (eds.), *Sociología simétrica*, Barcelona, Gedisa.
- LAW, J. (1994): *Organizing Modernity*, Oxford, Blackwell.
- LAW, J. (2004): *After Method*, London, Routledge.
- SABORIT, P. (2002): *Política de la alegría o los valores de la izquierda*, Valencia, Pre-Textos.
- SEMPRINI, A. (2003): *La società di flusso*, Milan, Franco Angeli.
- SERRES, M. y LATOUR, B. (1995): *Conversations on Science, Culture and Time*, Michigan, University of Michigan Press.
- SIMMEL, G. (2002): *Cuestiones fundamentales de Sociología*, Barcelona, Gedisa (e.o. 1917).